

EL LENGUAJE DE LA INTRANSIGENCIA

Por Eduardo Posada Carbó

¿Cómo crear un espacio para que el debate público sea más "democráticamente amistoso"?
O, en otras palabras, ¿bajo qué condiciones podría propiciarse la discusión sin caer en posturas extremas?

Tales interrogantes fueron motivo de reflexión en las conclusiones del libro del profesor Albert O. Hirschman, *The Rhetoric of Reaction. Perversity. Futility. Jeopardy* (Harvard University Press, 1991). Su propósito inicial había sido el de exponer algunas de las falacias argumentativas de intelectuales reaccionarios. Al final, sin embargo, Hirschman prestó también atención a las formas discursivas de la contraparte - los "progresistas radicales" -, para exponer en ambos casos un mapa de "la retórica de la intransigencia".

Hirschman identifica tres tesis "reaccionarias" - es decir, opuestas al cambio -, para entonces someterlas a su examen crítico: las tesis de la perversidad, de la futilidad y del peligro. Entre ellas, la segunda me parece quizá la más relevante al debate público colombiano contemporáneo. Y en la medida en que la dirección del debate condiciona la búsqueda de soluciones políticas al conflicto interno armado, las reflexiones de Hirschman serían también relevantes a los anhelos de paz nacional. ¿En qué consiste entonces la tesis de la futilidad?

Quienes acuden a la "tesis de la futilidad" argumentan que cualquier cambio es sólo superficial, de fachada, o cosmético, mientras las profundas "estructuras" de la sociedad permanezcan inmodificables. Hirschman observa que ésta no es una tesis exclusiva de los reaccionarios. Hay aquí bastantes afinidades con las argumentaciones radicales y revolucionarias, que subvaloran los intentos reformistas con la misma lógica: sólo serían válidas aquellas transformaciones fundamentales de las estructuras sociales.

El primer problema con este tipo de argumentos, anota Hirschman, es que tiende a proclamarse muy temprano, antes de poder comprobarse la efectividad de las reformas. Se enjuicia por anticipado, sin tener en cuenta que todo proceso reformista lleva consigo cierto aprendizaje social, con los necesarios correctivos en la adopción de políticas que deben someterse a constante escrutinio. Si el conglomerado social hace suyo el argumento de la futilidad, se desata entonces una dinámica auto-profética y destructiva. Hirschman señala que Mosca y Pareto, al ridiculizar y desacreditar las imperfectas instituciones democráticas de Italia, habrían así contribuido al ascenso del fascismo en ese país.

La "tesis de la futilidad" ha estado muy presente en el debate público colombiano de las últimas décadas. Y presente en dimensiones no suficientemente apreciadas, cuyos negativos efectos tampoco son entonces percibidos. La discusión sobre la "reforma política", por ejemplo, está inmersa en esta lógica argumentativa, ya en la propia concepción de paquetes de reformas que buscan transformar la "estructura" del poder, ya en la subvaloración de cualquier proyecto de reforma que no contemple simultáneamente

cambios sociales y económicos. El enfoque aún prevaleciente para abordar diálogos de paz con los grupos guerrilleros comparte también el mismo principio que alimenta esa forma de argumentar: la tesis de la futilidad se hace expresa en las concepciones maximalistas de la paz y de la democracia que han dominado los esfuerzos por llegar a una solución negociada del conflicto.

La vía de la negociación no ha sido cerrada por parte del gobierno, aunque su mensaje ha sido en los últimos días contradictorio. Al inaugurar la Brigada Móvil Número 9 en Villavicencio, a mediados de abril, el Presidente Uribe endureció el tono de su lenguaje: "a esos bandidos les llegó la hora de la derrota". Días antes, sin embargo, en una entrevista para El Colombiano, el mismo Uribe manifestó que "para darle facilidades a una guerrilla que se quiera desmovilizar, no encontrarían un gobierno más presto a hacerlo y en más corto tiempo que el que yo presido. Yo vivo mentalmente preparado, ya sea para trabajar de día y de noche en el orden público y enfrentar a los violentos con toda determinación, o para hacer el viraje y negociar con ellos en cinco minutos".

Es claro que el Presidente Uribe ha planteado la posibilidad de negociar sobre premisas distintas de las que informaron el discurso oficial de las últimas décadas. El debate público sólo parece identificar el ánimo "guerrerista" del gobierno. Poca atención se da al significado de la reconceptualización de la paz que ha propuesto el Presidente Uribe - tanto en las condiciones como en el contenido de unas eventuales negociaciones. Tal vez por desconfianza, o porque no crean que las condiciones estén dadas para ese viraje. Pero importa advertir que, en la redefinición del gobierno, la paz sería ahora el "silencio de los fusiles". Es decir, una eventual negociación - tras el abandono de la violencia y del terrorismo -, versaría fundamentalmente sobre la desmovilización y las garantías de reinserción de los grupos alzados en armas, no sobre un "nuevo modelo de la sociedad" - central a la "tesis de la futilidad" esgrimida por las guerrillas y por amplios sectores sociales y políticos, que determinó buena parte del curso fallido del anterior proceso de paz.

¿Podría decirse que es algo forzoso aplicar las reflexiones de Hirschman al caso colombiano? No lo creo. Es cierto que en su libro sólo le dedica unas pocas páginas al problema de cómo superar la "retórica de la intransigencia". Pero esos breves párrafos son muy sugerentes e, insisto, relevantes a nuestra realidad.

Hirschman abre allí algunos interrogantes sobre cómo no argumentar en una democracia. Lejos de intrascendente, se trata de un problema central en los esfuerzos de construir o consolidar una sociedad pluralista. El tránsito de un discurso "intransigente" a uno más "democráticamente amable" no es fácil. Por ello Hirschman destaca el valor de reconocer la falacia de esos argumentos que, como en la "tesis de la futilidad", están específicamente diseñados para hacer imposibles el diálogo y la deliberación".